



LA CONVERSACIÓN

HAY un placer superior á todos los placeres, que se halla al alcance de todas las fortunas, propio de todas edades, y que forma en Madrid la ocupación constante de trescientas mil personas.

He dicho que es un placer, y debo añadir que es un vicio, y que es al mismo tiempo una necesidad.

Por severo que sea un hombre consigo mismo, por grande que sea el dominio que ejerza sobre sus inclinaciones, sacrifica á menudo sus deberes, sus intereses y hasta sus más tiernos afectos, á ese placer, á ese vicio y á esa necesidad que continuamente nos incita.

En medio de una calle, al volver de una esquina, en paseo, en los cafés, en las oficinas, en los talleres, en las casas particulares, con enfermos, con sanos, con niños y con viejos, lo mismo con las mujeres que con los hombres, en todas partes nos sale al encuentro, y bajo todas las formas nos persigue.

No hay manera de resistir á su seducción, ni medio de evitarla, ni fuerza para vencerla.

Este placer, este vicio, esta necesidad es una cosa que se llama conversación.

Es la espuma ligera y movible que aparece y desaparece incesantemente, producida por el oleaje de la sociedad.

Es un hilo interminable formado de cabos sueltos que se atan y se cortan por cualquier parte, y que á un mismo tiempo marchan en todas direcciones como los hilos de una red.

La conversación es una especie de abismo insaciable que con nada se llena.

El tiempo, la política, las ciencias, las artes, la literatura, la filosofía, el amor, los defectos ajenos, todo entra y todo se pierde en las inmensidades de una conversación.

Es una luz fosfórica que se contrae y se dilata alternativamente, que se apaga y vuelve á encenderse, y que en todo encuentra materia para alimentarse.

Especie de ratón que todo lo mina, que por todas partes se mete y que por cualquier parte sale. No hay manjar que no muerda ni cuerpo que no roa.

Una conversación generalmente no se sabe ni dónde empieza ni dónde acaba.

Fatiga una conferencia, cansa una discusión, marea un discurso, y un libro llega á caerse de las manos; pero una conversación atrae como el mar. Semejante á la cola del lagarto, se reproduce tantas veces como se corta.

Es una especie de serpiente, cuyos complicados anillos nos envuelven y nos estrechan por todas partes.

La humanidad se agrupa obligada por el vínculo de la conversación.

El hombre se defiende alguna vez de las seducciones de una mujer, suele triunfar de la ambición y tiene fuerza para huir de sus propios vicios; pero es imposible pasar por el borde de una conversación sin precipitarse en ella.

Á las doce de la noche, con un frío de Diciembre, dos hombres salen de un café, de un teatro ó de una tertulia: al fin de la calle deben separarse, porque sus respectivas casas no están en una misma dirección.

Al llegar á la esquina se detienen, las palabras de uno y otro se enredan de manera que no hay forma de desatarlas.

El asunto les ofrece una variedad inagotable.

Se despiden una vez, dos veces, tres veces, inútilmente, porque detrás de cada despedida brota una nueva faz del asunto, una nueva corriente de palabras, un nuevo hilo que los sujeta.

De repente el reloj más cercano toma la palabra, y da la una: hacen un esfuerzo supremo, y huyen el uno del otro; todavía tienen que decirse algo, y cruzan sus últimas frases de acera á acera, y no dejan de hablar hasta que dejan de oirse. Si fuera posible estar dentro de ellos, se vería que cada uno continúa consigo mismo la conversación que parece cortada.

No hay frío que pueda luchar con el calor de una conversación, porque no hay nada que anime tanto como ese roce continuo de las palabras que se empujan unas á otras, se reproducen, se cortan y se revuelven en interminable laberinto.

Sin el recurso de la conversación, ignoro yo qué pretexto tendrían para vivir muchas gentes que conozco.

Hay quien pasa su vida buscando siempre conversación.

Entre los peligros de Madrid está indudablemente el de encontrarse con uno de esos que hacen de la conversación un oficio y de la palabra una profesión.

No hay forma de llegar á tiempo adonde se va, si nos sale al encuentro ese obstáculo invencible.

Hay momentos en que la conversación se arrastra desfallecida como una culebra medio muerta.

Cualquiera puede haberse visto en uno de estos momentos difíciles en que se comprende la utilidad de los habladores.

Nada hay más extraño que una corta reunión de personas empeñadas en tejer unas cuantas frases que se niegan á aparecer en la punta de la lengua.

En este instante mudo en que cada uno busca una palabra cualquiera que echar en el platillo vacío de la conversación, se entreabre una boca y pregunta:

—¿En qué piensa V.?

En esta pregunta habría indudablemente la semilla de una conversación si el hombre á quien va

dirigida hubiera tenido la precaución de estar pensando en algo.

La respuesta, por consiguiente, es de cajón, pero de cajón vacío.

Respuesta que empieza por dos ó tres arrugas en la frente, pintadas por la mano maestra de las cejas que se levantan; á lo cual sigue un movimiento de la boca, que parece un movimiento político, porque el labio inferior se dilata majestuosamente hasta colocarse encima del superior.

Los hombros á su vez se encogen como si fuera enorme el peso de la pregunta, y la respuesta concluye con estas tres sílabas:

—En nada.

Digan lo que quieran los gramáticos, los gestos son la verdadera ortografía de la lengua.

La cara es la verdadera gramática; la boca no es más que el diccionario.

La expresión más elocuente es siempre la expresión de la fisonomía.

Hay palabras que, semejantes á unas tijeras, cortan la conversación en cualquier punto que la encuentren.

Después de esa pregunta y de esa respuesta, hay que buscar por otra parte el hilo de la conversación.

Cada uno se devana los sesos interiormente, sin encontrar el cabo perdido.

Momento de silencio, en que se puede asegurar que todos están allí, y en que se puede creer que cada uno está en otra parte.

No hay nada más estúpido que esa mirada que dirigimos, por ejemplo, á una silla, cuando estamos pensando, v. gr., en dar un paseo.

Por eso el hombre que está pensando en no pagar, mira á sus acreedores sin conocerlos.

Este es un fenómeno que habrán experimentado la mayor parte de los hombres que prestan dinero.

En la visita en que nos encontramos se verifica esa cosa tan rara y tan frecuente.

Hay un hombre que tiene clavados sus ojos en la mujer que se le ha puesto delante, al mismo tiempo que está profundamente ocupado en pensar en otra.

Mirar tenazmente á una mujer será una imperitencia para los que lo vean con los ojos de marido, de padre ó de amante; pero ella, que lo ve con sus ojos de mujer, es de una opinión enteramente contraria.

Pensar en una mujer no es lo mismo que pensar en otra, porque no hay nada más opuesto entre sí que dos mujeres.

Así que la ofensa más grande que se le puede hacer á una mujer es pensar en otra mujer.

Sobre todo si ella, por una fatal equivocación de las medidas, tiene la boca grande, los ojos pequeños, los dientes largos, el pelo corto, la frente estrecha, la barba escasa y la nariz abundante.

Y si la otra, por uno de esos fenómenos tan frecuentes, es á los ojos de todo el mundo el reverso de la medalla.

Regla general: la mujer que se ve muy mirada,

se pone inmediatamente en movimiento, como un reloj á quien se le da cuerda.

Si tiene la boca grande, encoge los labios.

Si tiene los ojos pequeños, los cubre con el velo de los párpados.

Si es baja, se empina.

Si es pálida, puede hasta ponerse encarnada.

Todo esto sucede durante los minutos de silencio en que ha caído la conversación.

La mujer ha hecho en ese tiempo todo ese conjunto de muecas que las bellezas dudosas tienen á su disposición para decir claramente:

«No somos tan feas.»

La mirada del hombre permanece fija como un clavo en una pared, al cual lo mismo le daría estar clavado en una puerta.

Y entre una puerta y una pared hay tan profunda diferencia, que la primera sirve para abrir camino y la segunda para cerrarle.

Y no tenemos noticia de que ningún clavo haya mostrado jamás empeño especial en verse clavado en una pared ó en una puerta.

Los clavos, salva la opinión de los carpinteros, son lo mismo que las miradas indiferentes; se clavan en cualquier parte.

La mujer ha consumido el tesoro de sus gestos inútilmente.

Esta situación necesita una salida, y entreabre la boca del modo más pequeño posible, para dar suelta á una sonrisa perfectamente artificial y á estas tres palabras tan naturales:

—¿Qué mira V.?

La pregunta hace aquí el efecto de una luz, pues el hombre ve entonces lo que estaba mirando.

Los circunstantes hacen un movimiento, y se siente como que respiran, pues ven en esa pregunta el hilo perdido de la conversación.

De la respuesta va á salir una madeja, y cada uno se dispone á coger un cabo.

El hombre vacila; se muerde primero los labios como si quisiera sujetarlos, se sonríe después, y deja caer como una losa sobre la conversación recién nacida, esta palabra fría y mortal:

—Nada.

La conversación es como la atmósfera, que se forma de las emanaciones de la tierra, y que anuncia los movimientos de la temperatura.

Es como un espejo que reflejara objetos que no se sabe dónde están.

En las conversaciones, como en el semblante, se marcan los indicios de la enfermedad.

Las conversaciones son los latidos del pulso que determina los grados de calentura.

Cuando se habla de todo, es evidente que no hay nada de que hablar; pero cuando no se habla más que de una cosa, entonces la conversación parece una profecía, repetida á un mismo tiempo por millares de bocas.

No es, por lo tanto, la conversación una cosa tan frívola, tan ligera y tan insustancial como parece á primera vista.

Ese eco continuo que nos persigue por todas

partes, que se mete en nuestra casa, y hace sus instrumentos de nuestros criados, de nuestra mujer y de nuestros hijos, es irresistible.

Es la gota de agua que rompe la piedra.

El hombre, tan formal, tan serio, tan grave y justo cuando es juez, ó ministro, ó banquero, médico ó diputado, cómico ó padre de familia, es cruel, injusto y frívolo cuando se entrega al vicio, al placer y á la necesidad de la conversación.

En el seno de la confianza, en el recinto privado de una conversación, se hacen horribles sacrificios.

¡Pobre amigo, pobre vecino, pobre familia que sirve de pasto á la conversación!

La conversación es una diosa implacable que no se sacia de víctimas.

La mujer, tan tímida, tan pudorosa, tan sensible, desuella con la risa en los labios á la que fué su compañera de colegio; desnuda sin avergonzarse á la que tiene la desgracia de no saberse vestir, y hierre con mano segura á todas las que se atreven á disputarle los cabellos negros, la mirada dulce ó el aire distinguido.

Es una cosa muy seria, que hemos convenido en llamar pasatiempo.

Seguidla con atención, y la veréis que por todas partes va dejando un rastro de sangre.

Es un crimen que no está penado en el Código, porque todos lo cometemos.

Elijanse seis personas; pónganse alrededor de la mesa de un café, ó en el pasillo de un teatro, ó en

el tocador de una mujer elegante, ó en la antesala de un ministro, ó alrededor de la chimenea de una casa particular.

Colóquese cerca de ellas un taquígrafo, oculto como un mal pensamiento, y que copie íntegra la conversación en que se enreden esas seis personas.

Tradúzcase, y ¿á que no hay uno de los seis que se atreva á poner su firma al pie de esa conversación escrita?

He aquí lo que es la conversación.

Ved lo que se escribe, y por ahí sacaréis lo que se *charla*.



LAS MUJERES

HE aquí un artículo de primera necesidad, que es á la vez un artículo de lujo, como si dijéramos el pan y el coche; aquello sin lo que no se puede vivir; aquello sin lo que no se puede brillar.

¿Qué son las mujeres? Todo el mundo lo sabe, porque es imposible ignorarlo. Las mujeres son la *cara mitad* del género humano.

¡Qué bien dicho está esto!

Cara: he aquí el artículo de lujo. Mitad: esa es la parte indispensable del artículo de primera necesidad.

Todo esto puede encerrarse muy bien en la exactitud incontestable del siguiente absurdo:

La mujer es un bello adorno que es absolutamente indispensable para la vida de la humanidad.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indo-

mable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definición:

Cada hombre no es más que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfacción: cada una de nosotras somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solución matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingenua exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar más que la suma total de cinco mujeres: si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

Ó la ciencia de los números es una vergonzosa superchería, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el orden social, también es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad; pues sólo así puede verificarse el continuo fenómeno de que los hombres anden siempre detrás de las mujeres.

He presentado una demostración matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observación cuya fuerza comprenderán per-

fectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto: ¿Hay algo que valga más que una mujer?

Ó de otra manera: ¿Hay algo que cueste más?

Para amar á un hombre, ellas no necesitan más que contar con su corazón; para amar á una mujer, el hombre necesita contar, ante todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas tengo otra pregunta.

Si las mujeres no valen nada, ¿por qué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algún tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de china.

Todas las cocineras del mundo se habían anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes no hubiera dicho alguna vez por lo menos :

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas,» en lugar de decir : «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sabio puede caer diez veces al día; pero la mujer débil, ignorante y tímida, no puede tropezar ni una vez en su vida.

Es decir : la piedra no es dura, porque hay una gota de agua tenaz y continua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa, ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas y á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que sería un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza ha rodeado de continuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestras lisonjas, y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos, y no han de ver.

No las queremos más que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Más bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles había demasiada distancia, y Dios puso á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazón.

Es decir, que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningún hombre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco á ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finge el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finge la mujer para esclavizar al hombre?

Belleza.

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: «Me ama.»

El hombre no dice más que: «Me gusta.»

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente: ¡qué talento! ¡qué buen corazón!

Nosotros decimos: «Es blanca, es airosa; ¡qué pie! ¡qué ojos! ¡qué garganta!»

Para atraer á las mujeres hacia nosotros, para obtener su confianza, fingimos virtudes; ellas, por el contrario, se valen de las apariencias de algunos vicios.

Por regla general, el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura; en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que puede amar á otro.

Si fuera posible penetrar en lo más recóndito del corazón de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasión.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazón de la mujer más frívola, veríamos el amor oculto detrás de sus aparentes ligerezas.

El hombre disimula sus defectos morales, y la mujer sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasión; ellas por la coquetería.

Imaginemos dos amantes que tratan de dominarse mutuamente; que pretenden, por decirlo así, echar el resto de sus recíprocas seducciones.

Él fatiga su imaginación buscando el medio más eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riquezas.—Con esto puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder.—Con esto se inflamará en su corazón el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria.—Esto le servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas, ni poder, ni gloria: hay que buscar otro camino.

La imaginación se desespera, batalla con las sombras del entumecimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo: hay una casa donde se alberga una familia pobre; esa familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavía de la cuna, otro aún no puede andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio; entre el humo que sale por las junturas de las puertas se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio, que respira humo por todas partes y que cruje devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud

que le estorba el paso; empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta, que cede, y desaparece detrás de un torbellino de llamas.

Poco después se abre un balcón, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva; luego aparece con otro, y se salva también; luego aparece con el tercero, y luego con la madre.

Á este recurso no hay corazón de mujer que se resista; él ha triunfado.

Ella busca á su vez el medio más seguro de encadenarlo á su cariño, y echa sus cuentas de este modo.

Inocencia: se fastidiará.

Recato: no le agradaré.

Amor: si él averigua lo que le quiero, ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera, y hiere sus ojos después de haberse reflejado en la superficie de un espejo; levanta la cabeza, se mira, y se sonríe.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás; la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su limpia blancura; el pie se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos, no hay hombre que se resista; ella también triunfa.

Llega el momento en que se ven; él aparece con el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio, y su rostro señalado por el humo; lo siguen las bendiciones de la multitud enternecida y la gratitud inmensa y eterna de una madre.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se contemplan y se adivinan.

Ella dice: «¡Qué bueno es!» y él exclama: «¡Qué hermosa está!»

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! Sólo llegáis á ser malas después de haber tratado mucho á los hombres.

Para que lleguéis á ser despreciables, es preciso que empecéis por ser la admiración, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdición y de la ignominia?

Y ¡cuántas veces no nos devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza: yo desearía ser mujer, si no perdiera, al serlo, el dulce privilegio de admirarlas y quererlas.

